

ción, seguía la cuarta libación, con la cual terminaba el banquete.

En esta forma se desarrolló la última Cena de Cristo con sus discípulos. Era necesario recordar la para darnos cuenta del momento en que fué consagrado el pan; y lógicamente ese momento hubo de ser aquel en que Jesús tomó los ácidos y pronunció la bendición que precedía a la comida del cordero. El rito de la fracción del pan va a continuar con un significado más sublime. La palabra que usan San Mateo y San Marcos para indicar aquella bendición primera es muy significativa. En lugar de decir dió gracias, dice bendijo. El pan que, según la fórmula de la Haggada debía entregar el padre de familias a sus comensales diciendo: «He aquí el pan del dolor que nuestros padres comieron en Egipto», Jesús se lo dió a los suyos con estas palabras: «Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros». Comieron luego el cordero y al levantar la copa para la tercera libación, ante la sorpresa de todos, Jesús pronunció otra fórmula nueva: «Este es el cáliz de mi sangre...» La consagración del vino se hizo sobre el cáliz de bendición, la tercera libación ritual

en que la misma copa debía pasar por las manos de todos. Y vino, al fin, la acción de gracias, la eucaristía que Jesús expresó también a su manera, como convenía al nuevo rito que acababa de instituir.

Así se celebró por vez primera el gran sacrificio de nuestros altares, en una anticipación misteriosa de la Hostia sangrienta que unas horas más tarde se ofrecería en lo alto de la Cruz. Era el primer eslabón de la áurea cadena de misas que habrían de celebrarse a través de los siglos, y que estaban allí presentes para el espíritu de Cristo en aquellas palabras fecundas con que cerró la doble institución: «Haced esto en memoria mía.» Y ahora comprendemos por qué había dicho el Bautista, apuntando derecho hacia el Calvario: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo.» Al día siguiente el Cordero se ofrecía a los ojos de todos con los brazos extendidos y el corazón abierto. Y alguien, que tal vez presenció la escena, resumirá los misterios de aquel día con esta frase: «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado.»

